

Llegar a Furuherin



Pedro Martín González

Cuando por fin llegué lo hice a esa hora en la que ya todos vuelven a sus casas después de un intenso día de trabajo. Los autobuses procedentes del aeropuerto regresaban a Naha repletos de viajeros que iban bajando en las diferentes paradas de la avenida principal. El viaje se había prolongado en exceso, el cansancio había hecho mella en el cuerpo y el último trayecto, aunque sencillo, había resultado extenuante, por tener que cargar con dos mochilas y caminar aún quinientos metros hasta el albergue situado junto al puerto de la que un día fuera Ciudad de Tomari.

La noche se presentaba apacible. Se levantó una brisa suave que me transportó lejos, tan atrás en el tiempo como se remontaba la historia del viejo Okinawa-te erradicado allí hacía varios siglos. En la estancia coincidí con un joven holandés que estudiaba Shorin ryû en Okinawa y, juntos, salimos a la calle después de cenar, para practicar nuestro Karate, intercambiar técnicas, ideas y hablar sobre su dilatada historia. Al terminar y despedirnos me quedé sentado en el porche, reticente ante el hecho, más que evidente, de mi agotamiento y la necesidad, también imperiosa, del necesario descanso. A pesar de todo, me concedí un tiempo para reflexionar en el que arrojé mis pensamientos con las historias de Shoken, Uku, Teruya, Matsumura, Kyan o Naganime. Sí. Aquellos legendarios karatekas pertenecientes a la tradición de Tomari algunas veces minusvalorados frente a las multitudes que han conformado y conforman las escuelas con raíces en Shuri o Naha, como Shorin ryû, Goju ryû o Uechi ryû.

Con biografías poco prolíficas y aún hoy casi desconocidos, aquellos primeros hombres del ancestral Tô-de habitaron una ciudad que ya no existe, un núcleo urbano poblado, mayoritariamente, por humildes pescadores, cuya población fue acercándose más y más a la Ciudad de Shuri (encumbrada siempre en su castillo y en su élite social) hasta terminar integrándose en la capital.

No existe mucha documentación acerca del Karate de la Ciudad de Tomari, pero pude encontrar una genealogía, más que extensa, en el dôjô de Hokama Sensei, donde acudí a practicar aquella otra tradición que iniciara Seiko Higa Sensei, continuara Seiko Fukuchi Sensei y prosiguiera hasta nuestros días quien fuera uno de sus más prominentes alumnos y líder de la organización Kenshikai: el propio Hokama Sensei.

Fue en su dôjô de Nishihara donde me encontré una vez más con el mito de Furuherin, una historia tan cargada de romanticismo como, quizá, de pura leyenda y relacionada de forma directa con la tradición del Okinawa-te de Tomari.

Fijé mi objetivo en localizar Furuherin pero transcurridos unos días, mis intentos por alcanzarla fracasaban estrepitosamente. Dar con aquel lugar se había convertido en algo más que en una conquista personal. En efecto, Furuherin era una meta a la que no quería renunciar y suponía la culminación de un sueño largamente deseado. Antes ya de salir me había propuesto lograr aquel objetivo para convencerme a mí mismo de que uno de los propósitos por los que me había embarcado en aquel viaje a Okinawa se había realizado satisfactoriamente. Sí. Añoraba encontrar esa cueva en la que, según la tradición de los isleños, se enseñaron en el siglo XVIII las primeras formas de lo que llegaría a ser, con el

transcurrir de los años, el Karate-dô de Tomari: uno de los tres pilares del viejo Okinawa-te, o Tô-de.

A pesar de querer hacer mía aquella victoria utilizando únicamente mis apuntes y libros (y preguntando, incesantemente, a los vecinos con los que tropezaba) mi empresa no avanzaba como debía, teniendo que aceptar la ayuda que Hokama Sensei me ofrecía, dejándome llevar por sus consejos, indicaciones y dibujos, aunque poniendo condiciones a todo ello, desde luego.

“Si he de aceptar deberá ser con una mínima ayuda –le dije- pues quiero intentarlo utilizando mi propio GPS: la intuición, un tiempo sin límite y la sana equivocación. Creo que me entenderá, Sensei, si le digo que en el momento del encuentro con ese lugar emblemático quiero estar solo, sentarme, también solo, frente a la cueva, dejarme llevar por los relatos que sobre ella he leído y que acompañan la historia de ese antro tan misterioso como lleno de significado para la historia del Karate. También yo quisiera sentirme, al menos por unos momentos, alumno de Choken, Teruya, Uku o Matsumura, e incluso jugar a ser un discípulo de aquel viejo morador de la cueva, cuyo nombre exacto nadie recuerda pero al que todos mencionan”.

Soshin Naganime Sensei nos explica en sus escritos acerca de la tradición de Tomari-te, haciendo alusión a la epopeya de sus más ilustres exponentes, estableciendo puentes entre ellos, interconectándolos, describiendo la genealogía del viejo Tô-de de la Ciudad de Tomari. En su obra, titulada *Tales of Okinawan great masters*, Naganime Sensei apunta que muchos de sus maestros estuvieron relacionados con Furuherin o aprendieron Okinawa-te allí mismo.

La epopeya de Matsumura Kosaku, estudiando junto a Uku o Teruya y visitando al prófugo habitante de aquella gruta, me había cautivado desde que la conocí. Imaginaba aquél joven entusiasta subiendo y bajando las laderas del viejo cementerio con la única intención de reunirse a escondidas con su maestro en aquél antro donde, según el fundador de Matsubayashi ryû, no serían pocos los refugiados chinos que vivieron alejados del orden público establecido, para permanecer así en Okinawa y no ser deportados a su país de origen.

Es bien seguro que más de un habitante de Furuherin llevaría consigo las Artes Marciales Chinas y al menos un Sensei, de nombre Annan, a la postre maestro de Teruya Sensei, enseñó en la cueva.

En un último intento por alcanzar mi meta, armado de paciencia, un esquema más que sencillo y el afán por llegar a mi destino, recorrí otra vez el puerto de Tomari dirigiéndome hacia el oeste; terminado el muelle, abrí camino hacia el norte bordeando la bahía para, después, aventurarme hacia el interior. El lugar que buscaba estaba perimetrado por un sólido muro que lo encerraba por entero. No obstante, encontré una vereda a través de la cual pude continuar camino. Dejé las primeras tumbas a uno y otro lado, escalé algunos riscos y seguí adelante, siempre ascendiendo. Sin siquiera percatarme, encontré un acceso que me condujo a la entrada de Furuherin. Había llegado a la cueva.

Era ya mediodía y aunque estábamos en Octubre hacía un calor más que considerable. Después de emocionarme, leer algunos textos inspiradores y abandonarme al recuerdo del viejo Tomari-te, me quedé dormido, siendo entonces cuando todos ellos aparecieron en tropel.

El primero fue Makabe Choken, que no quiso contestar a mis preguntas. Pretendían éstas encontrar respuestas a las supuestas fusiones que pudieran haber acaecido en el siglo XVII entre el Chuan fa de las 36 familias de Kume y los primeros vestigios del Ti (o, Te).

Algunos dicen que Choken Sensei fue maestro de otros dos precursores: Uku Gigo y Teruya Kise. Esa hipótesis quedó también sin respuesta. La incógnita de esa pregunta aún continúa viva dentro de mí.

No obstante, si pude ver a Uku y Teruya, siempre juntos, practicando sus interminables Naihanchi, Passai y Wanshu. Ellos sí se mostraron más abiertos a la conversación, que derivó hacia las influencias chinas y el secretismo de Furuherin, donde residía Annan.

Después, llegaron los verdaderos revolucionarios: Matsumura Kosaku, Oyadomari Kokan, Yamazato Gikei, Toguchi Kami, Maeda Gicho y Maeda Ginin y, junto a ellos, una auténtica pléyade de seguidores, karatekas disciplinados y sinceros que trabajaron sobre unos katas más que extraños: Chinpe, Chinsu, Juma, Uenibu.

Allí delante practicaban insignes como: Oshiro Chojo, Nakaema Seikichi, Kaneshiro Kinin, Sueyoshi Nio, Kuba Koho, Iha Kodatsu, Yamazato Giki y Higa Kamado, Matsumura, además, blandía con determinación el Jo que había estudiado en la Escuela de armas Jigen ryû.

El siempre combativo Choki Motobu practicaba kumite a escondidas de su maestro, Kosaku Matsumura, quien ya le había reprochado su actitud, y aquella más que inquietante inclinación por el combate.

Mientras todo esto acontecía, los aparentemente frágiles Kyan Chotoku y Soshin Naganime abrían todos sus sentidos, empapándose del conocimiento de aquellas leyendas del viejo arte de Tomari que ellos mismos se encargarían de transmitir a las generaciones venideras.

¿Por qué Tomari-te decidió no abrirse a los cambios y continuó siendo una Escuela de minorías frente a la apertura que sí supusieron las escuelas establecidas en Shuri, comandadas entonces por Itosu Sensei, o en la Ciudad de Naha, dirigidas en aquel tiempo por Kanryo Higaonna Sensei?

Aún en nuestros días, habiendo aparecido derivaciones de los estilos enseñados por los precursores de Tomari -Shorinji ryû, Motobu ryû o Matsubayashi ryû- esta tradición permanece en minoría en el contexto del Karate de Okinawa.

Es como si aún hoy los karatekas de esas escuelas continuaran subiendo y bajando las laderas del aquél viejo cementerio, siguiendo las secretas veredas que

conducían hace siglos a Furuherin, para practicar a escondidas con Annan, atesorando para sí y su comunidad el vetusto Okinawa-te de Tomari que sus ancestros aprendieran por vez primera en la legendaria cueva.

O es posible, también, que la historia de Furuherin no sea más que una leyenda, una fábula que pretende enseñarnos la importancia del secreto, de la transmisión directa, de la instrucción ofrecida sin intermediarios, de la enseñanza entregada, sólo, en esos pequeños círculos que forman los hombres y mujeres de carácter sincero, éstos verdaderos budokas capaces de buscar con ahínco el legado centenario del viejo Karate, más allá de las muchedumbres que comandan la más rabiosa actualidad.

Kenshinkan dôjô 2017